LA RAZÓN DE LA FUGA

Me imagino el formidable escándalo que mi fuga habrá causado en Santa Elena. A estas horas, no se darán punto de reposo las malas lenguas. Todos los odios, las envidias, los resquemores que ha levantado en el villorrio mi condición de rica y —lo digo sin falsas modestias— de hermosa, hasta ahora soterrados gracias a la influencia de mi familia, la más rancia y prócer, andarán con toda seguridad sueltos en corrillos y tertulias, como jauría en pos de una presa en que clavar sus dientes.

Y sí, yo María Asunción Villegas la única heredera de la cuantiosa fortuna de los Villegas de Santa Elena, crecida en una pensión de religiosas, obligada a guardar una conducta "honrada e intachable", siquiera por la memoria de mi madre, muerta en olor de santidad y por no desmerecer ante los ojos de un pueblo que no tolera, ni siquiera en el amor, que debiera ser libre "como las naves, como las nubes, como las sombras", actitudes no sancionadas por su rígido código moral, yo, repito, me encuentro a la hora de escribir estas líneas en una habitación de hotel en Manila, en compañía del primer hombre que supo hablarme al corazón.

Tengo veintitrés años, pero de ese largo rosario de días sólo el de hoy, con la inverosímil multitud de variadas emociones que me ha brindado, merece la pena de llamarse vida. Yo misma, que al abandonar casa y familia estaba dispuesta a todo, que me asusto de pensar que pudiera en el breve lapso de algunas horas, iguales a las de ayer, a las de todos los días en su modalidad exterior, torcerse de una manera tan brusca el rumbo de una existencia.

Hace unas cuantas horas, o para ser más exacta, hasta las cuatro de esta madrugada, yo era una de tantas jóvenes que vegetaban en Santa Elena, respetada, si no querida, por todo el mundo. Con la

amanecida, habrá corrido por todo el pueblo como un reguero de pólvora la noticia de mi fuga, y ahora seré otra para aquellas gentes, completamente diferente, como si el sencillo hecho de haberme ido con un hombre, a espaldas de mi familia, en busca del amor, equivaliese a un desdoblamiento de mi personalidad.

No siento ningún dolor, ni remordimiento siquiera. Si escribo no es, como pudiera sospecharse tal vez, para justificarme ante los que me leyeren, o ante mi propia conciencia, por lo menos, con razones que, de tener esa finalidad, serían sofísticas. Escribo porque tengo una inexplicable comezón por irradiar en alguna forma la gran novedad de mi vida. Escribo porque escribir cuando se es feliz, es prolongar la felicidad. Escribo también a modo de evocación. Así, a medida que vayan surgiendo al conjuro de la memoria las distintas fases de mi vida pasada, podré saborear con mayor intensidad mi liberación presente. Igual que si, ganada una cumbre ansiada a costa de enormes sacrificios, contemplase desde su altura las rugosidades del camino difícil.

Ya está anocheciendo. Antes de ocultarse, el sol me envía a través de los cristales de la ventana lanzas de luz, irisadas. Sea porque en mí impera omnipotente el Optimismo, sea porque la Felicidad pone un brochazo de oro sobre todas las cosas, la verdad es que siento que esa claridad penetra por todos los poros de mi cuerpo y prende una luminaria de fiesta en mi alma. Yo, en este instante, debo tener un loco diablillo en mi ser porque siento unas locas ganas de reír, de cantar, de bailar... Ahora comprendo por qué triscan las cabras y por qué ahora mismo vuelan de rama en rama, con sonora fanfarria de alas y de trinos, dos gorriones enamorados que tienen, por rara coincidencia, su nido en una hendidura del marco de mi ventana.

II

No hablaré de mi niñez. Mis primeros años transcurrieron en la anodina, incolora ordinariez de todas las infancias. Aparte de que,

llevada a los diez años de edad a un colegio de religiosas en Manila, sólo conservo de mis días infantiles jirones dispersos de vaguísimos recuerdos. Lo único que se destaca en mi memoria, como un tablón intacto de un naufragio, es la escena de mi despedida.

Poco antes de venir el tren que debía llevarme a la capital, llegamos a la estación. Era al caer de la tarde y hacía un calor sofocante. Yo ignoro cuál me apenó más: si la perspectiva de la inminente separación o el ambiente enrarecido, preñado de electricidad, como si pronosticase tormenta. Mi padre, que debía acompañarme a Manila, daba sus últimas instrucciones al mozo encargado de los equipajes. Mi madre me tenía consigo aparte, como si desease prolongar en todo lo posible la felicidad de tenerme al lado. La pobre, la santa mujer, podía apenas hablar, y cuando lo hacía, un hipo desgarrador le cortaba las palabras que así llegaban hasta mí truncadas:

—Jamás te olvides de nosotros, María Asunción… Sé buena, fiel en el cumplimiento de tus obligaciones, así te querrán mucho las buenas religiosas. Estudia, estudia sin cesar...

Cuando llegó el tren, haciendo retemblar la frágil estructura de la estación de madera, mi madre tuvo un gesto de tigre que defendiese un pedazo de sus entrañas. Me abrazó, me colgó de su cuello, magullándome bajo la caricia de sus manos. Yo sentía hincarse sus uñas en mis carnes. Pero no pudo decir nada y adiviné antes de oírlo, el desgarrador sollozo en que hubo de estallar la pobre. Todavía la vi, antes de perderse la estación tras una curva del camino, apoyada a una columna, lacios los brazos, con los ojos clavados en la máquina que se iba, resoplando, como si el peso de aquella pena hubiese añadido en un segundo muchos años a su vejez bien conservada.

¡Santa mujer! Fue la última vez que nos vimos. Cuatro meses después, y una mañana gris, de lluvia pertinaz, la madre superiora pidió en plena capilla a la comunidad que rezase por una pobre compañera que acababa de quedarse huérfana. La huérfana era yo.

Mi vida de colegio fue igual a la de todas las colegialas. Aquella existencia en colectividad, sometida a una disciplina férrea, con hora fija para todas las actividades, incluso el aseo personal, me produjo el efecto de una llanura inmensísima cuyos horizontes pudieran dominarse desde cualquier punto. Así, por la natural influencia del medio, fui creciendo sin complicaciones en el alma, sin hondonadas en el pensamiento, abiertos a los ojos de todo el mundo mis horizontes, igual que una llanura, rectilínea además, y muy religiosa... A veces, leyendo vidas de santos, únicos libros que se nos permitían, pedíale a Dios la gracia de que unos paganos me tendiesen en parrillas, sobre un incendio, como a San Lorenzo, o que me traspasasen el cuerpo con flechas, igual que a San Sebastián. Me prometía también que, de casarme algún día, sería a imitación de Santa Cunegunda que impuso a su marido, antes de tomar el juramento vinculador, la condición de guardar ambos voto de castidad...

Con todo, era feliz, con esa felicidad inconsciente, y un poco cruel, de los niños y de los locos, que lo mismo los hace reír ante un pobre diablo que se cae de bruces en la calle, que ante el espectáculo de un perro al que una lata vacía de conservas atada a la cola empuja a una loca carrera. Sólo derramaba en mi vida algo de melancolía la conducta de mi padre que se limitaba a mandarme, con mucha regularidad, eso sí, mis mensualidades. Sus cartas, secas, frías, que acompañaban a los giros postales, nunca hablaron de intimidades de su vida, ni del pueblo siquiera. Por suerte que de año en año íbame quedando más y más alejada de Santa Elena con el resultado de que su recuerdo venía a reducirse en mí a la memoria inconcreta y sin perfil de las cosas que vimos de niños.

Así fueron transcurriendo los años, hasta que me gradué hace algunos meses. Hube de abandonar el colegio porque nada me quedaba ya por estudiar. Pero mucho sospecho que a mi padre lo hubiese alegrado que me quedase más tiempo en la pensión. Esta

circunstancia, aparte de haberlo yo hallado rejuvenecido, como si un aire primaveral le infundiese renovada savia, me intrigó sobremanera, y sin querer pensé con dolor en mi pobre madre muerta. ¿Era acaso su sombra querida que me ponía en guardia?

IV

A mi vuelta a Santa Elena, encontré todo igual a cuando salí, sólo con una pátina de vejez las personas, lo mismo que las cosas. Nuestro viejo caserón me resultó también no tan grande como cuando, de niña, me subía yo a sus cornisas trepando con agilidad de mono a las panzudas columnas. Un *pono de santol*[55] que, cuando me marché, era apenas un brote, ya abatía sus ramas bajo el peso de sus dorados frutos. Todavía, desde el balcón volado de mi cuarto, pude coger uno, maduro, que me brindó, al partirlo sin esfuerzo, clavado como cuña entre las palmas de mis manos, la suave pelusilla blanca de sus pepitas dulcísimos…

Al mes de mi estancia en el hogar solariego —¿por qué fueron tan impiadosas, esas señoritas de Ruiz que no me dejaron en mi feliz ignorancia del mal?— me enteré del enorme, inconcebible crimen de mi padre. Fue la mayor de las tres hermanas quien me lo dijo. Al recordarlas, se me viene a la memoria la gracia picante, y un poco irónica, de la canción:

Tres, eran tres
Las hijas de Elena
Tres, eran tres
Y ninguna buena.

[55] Árbol de santol. Nombre científico *Sandoricum koetjape*. Su fruta es redonda, de 5-8 cm. de diámetro, y de color amarillento cuando está madura. Sus semillas son grandes y envueltas en una sabrosa pulpa blanca. Se suele comer añadiendo sal a su pulpa ya que es ácida mientras que las semillas blancas del interior se chupan. También se cocina para producir caramelos o hacer mermelada. La madera de este árbol se utiliza para la construcción.

He aquí sus palabras:

—Apenas se ve a tu padre, María Asunción…

Repliqué:

—¡Como está siempre ocupado en sus trabajos!

—Sí, ¡claro!... Como, además de la hacienda, tiene tantos asuntos a que atender...

Todavía confirmé, con aire inocente:

—Yo ya le digo al viejo que no se meta en tantos negocios. De todos modos, ¿para qué necesita él ganar tanto? Con lo que tenemos hay bastante...

Y mi interlocutora, esta vez con acento incisivo, rebosando malicia y segunda intención, me corrigió:

—No te creas... A lo mejor, hay gastos "extraordinarios" que un hombre viudo, no muy viejo todavía y con excelente salud tiene que afrontar...

Amoscada, y ya en sospecha de algo formidable, con todo mi pudor en abierta e instintiva rebelión, inquirí:

—Explícate, mujer... Con tus medias palabras, nadie te entiende...

—Pues hija, ya que lo has de saber—y la muy indecente fue dejando caer una a una las palabras para mejor saborear el efecto de su revelación— sábelo de mí. Tu padre tiene guardada en la hacienda a una...

No estampo aquí la palabra, soez, grosera. Pero la tengo grabada en la mente, como si me la hubiesen estampado con hierro candente, como grabados tengo en el alma los otros mil detalles —de escarnio y vergüenza— que, ya a coro, me fueron dando las tres hermanas.

No lo sentí tanto por mí. Después de todo, en mi padre no hubo más que indiferencia para la hija a quien procuraba tener lejos de su lado, para acaso mejor campar por sus respetos. Fue por mi pobre madre, a quien, luego me enteré de eso, todavía en vida engañaba ya mi padre.

V

Entre bostezo y bostezo se me iba la vida en el poblacho, casi siempre sola en el caserón. A veces venían a hacerme compañía otras jóvenes de mi edad, pero las hallaba tan insulsas, tan atadas por la rutina del vivir pueblerino en sus ideas que prefería mil veces a su compañía mi soledad. En mí entonces empezó a nacer, por natural consecuencia de un continuo *dolce far niente*[56], el prurito del análisis ¿Cuál era la finalidad de mi vida? ¿Era posible que mi destino se redujese a esto tan aburrido de contemplar, encerrada en mi cuarto como en una prisión, de día, las flores del campo y de noche, las estrellas del firmamento? ¿No eran más felices que yo las aves que tenían todo el espacio para sus vuelos, las fuentes que tenían todos los segundos para sus cantos?

Para matar de algún modo mi aburrimiento, me aficioné a la lectura y fueron mis compañeros periódicos y novelas, aparte de una vieja criada, fiel y charlatana y de Sultán, un perrazo de crines de caballo y ojos llorones. Así, fui conociendo, leyéndolos, a nuestros poetas[57]: Apóstol, Guerrero, Recto, Balmori, Bernabé, Tuells... Las obras de autores extranjeros modernistas[58] —Sassone, Insúa, López de Haro, Antón del Olmet... —fueron abriendo mis ojos a desconocidas perspectivas y mi francés bastante aceptable me familiarizó con novelistas —Barbusse, Huysmans, Margueritte...— que pusieron un signo de interrogación a mis creencias hasta entonces nunca discutidas. Sentí al mismo tiempo —influencia de libros de disección erótica— una rara vibración en mis nervios que a veces, especialmente en el bochorno de las siestas cuaresmales, me producían dolorosas angustias con sus raras punzadas...

[56] Del italiano: ociosidad deliciosa.

[57] Hay una considerable diferencia de temas y estilos entre los autores hispanofilipinos que se citan y los siguientes a quienes llama "modernistas". Vid. índice de nombres, pág. 278.

[58] En la crítica en español se habla de "vanguardias", mientras que en el ámbito anglosajón se utiliza el término "modernismo", que en español se reserva para el estilo literario cuyo epítome fue Rubén Darío. Aquí Laygo parece utilizarlo en un sentido muy amplio, pues nombra a autores de diversos estilos y tendencias estéticas.

Y fue en este tiempo que mi padre propuso:

—Ya estás, María Asunción, en edad de cambiar de estado. Así, te he escogido a un chico, rico y bien educado, de rancia familia, que pronto te hará la corte.

Igual que si, en vez de marido, al autor de mis días hubiese escogido un buen coche para mí. A la interrogación que debieron formular mis ojos, mi padre dijo el nombre:

—Es Adolfo Santiago.

Yo lo conocía de vista, y hasta en noches de feria, había cruzado con él algunas palabras. Yo cogí la noticia con el ciego fatalismo que fue la norma de mi vida desde que me enteré del lío. Si me casaba, ¿qué más daba que fuese con este Adolfo Santiago, o con otros que se llamasen de distinto modo y que, en último término, serían probablemente como éste, un poco ricos, un poco educados, con mucha vanidad en la mollera y pocas ideas en el entendimiento?

Y ¿el Amor, el divino Amor que llama a la vida de todas las mujeres con sus cantos de oro? Yo no lo conocía. Lo adivinaba nada más, en las heroínas de mis novelas, en las rimas —¡oh, las golondrinas de Bécquer![59]— de mis antologías, en las figuras pálidas y mudas que veía de tarde en tarde poner los ojos en blanco en los *films*[60] del cine local. Lo adivinaba también en mis nervios, en mis pobres nervios hiperestesiados que a veces parecían distenderse, como la vibrátil cuerda de un arpa en espera de una mano sabia que la hiciese volcar sus escondidas armonías.

Adolfo Santiago me hizo el amor, pero el amor no vino en mi auxilio. A Adolfo Santiago lo encontraba ruin, cursi, a más de fatuo. Siempre hablaba de su sastre, de sus corbatas, del automóvil que, en cuanto se casase, compraría. Un día hasta se reveló inhumano, cruel, porque como le ladrase mi pobre Sultán, le dio un bastonazo tal al pobre animal que le hizo recular entre dolorosos quejidos. Por cierto

[59] Famoso poema de Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870) de su libro de *Rimas* y que comienza diciendo: "Volverán las oscuras golondrinas / en tu jardín sus nidos a colgar...".
[60] Del inglés: películas.

que mi Sultán supo vengarse con creces, llevándose de un mordisco un pedazo de sus pantalones una noche que venía de visitarme.

Con todo, y de ello nunca podré arrepentirme bastante, me decidí a casarme con él. Era el aburrimiento, el horrible aburrimiento que aceptaba cualquier cosa que imprimiese novedad a mi vida inútil.

VI

Y vino él, Federico de la Vega, de no sabía dónde, elegante y mundano, siempre con una sonrisa magnética y una bella frase en los labios. Culto, espiritual, un poco poeta y un poco músico, un poco loco, además, de creer las historias que lo habían precedido.

Fue como un rayo de luz. Sus visitas llenaron nuestro viejo caserón de risas, de armonías, de versos. A las dos semanas, y ya con esa rápida intimidad que justifica la vida patriarcal en los pueblos pequeños, se sentaba al piano, con absoluta libertad, e interpretaba a su antojo piezas que yo desconocía y que luego resultaban trozos dispersos de obras vulgares que él, con su talento prestidigitador, sabía fundir en una absurda mescolanza de raras exquisiteces, al modo de una abeja que picase néctar de flor en flor para formar luego la deliciosa miel de su colmena. También recitaba versos, y su temperamento profundamente artístico sabía poner en ellos una dulce inflexión.

Cuando me dijeron que era casado, ya era tarde. La lenta labor de conquista, pero constante, de gota de agua que cae sin cesar sobre roca viva y la horada insensiblemente, estaba hecha. Mi corazón, terreno abonado, se había abierto al Amor, y mis labios, despiertos a la voz del instinto, habían gustado ya del veneno de los besos. Una mano sabia plañía la cuerda vibrátil del arpa que respondía al conjuro, volcando sus escondidas armonías...

Y vino la proposición, envuelta en el encanto de una voz que asordinaba la emoción:

—Vámonos lejos de aquí, de este ambiente que ahoga, de este cementerio de ilusiones. El mundo no se reduce a los límites de Santa Elena. Tras de esos horizontes, hay otros, flecados de oro, de rosa, de luz, más extensos, más propicios a la felicidad. No desoigamos la voz del romance que sólo llama una vez a las puertas del corazón...

Todo el sedimento de viejos pudores, de antiguas creencias, de legendarios respetos al rígido código moral del pueblo, se levantó en mí rebelde, con un gesto de rechazo definitivo a la gloriosa perspectiva. Pero la voz tentadora fue acallando mis escrúpulos:

—¿Puedes comprender la vida así, un día tras otro día, en angustiosa seguridad de que los unos se parecerán a los otros, así vivas una eternidad como unas gotas de agua se parecen a otras gotas? Vivir así es enterrarse en vida, es poner una montaña de ceniza sobre el volcán del corazón que tiene sus fueros...

A la voz de Federico, se unía la voz de todos los autores que yo había leído, de todos los versos, de todas las novelas, de todas las películas que me sabía de memoria. Y así, una noche plena de claridad en el cielo y de perfumes en el jardín, aturdida, borracha de sed de felicidad, solté, sin casi darme cuenta de la gravedad de mi promesa, el sí...

Y esta madrugada, a las cuatro en punto, nos fugamos.

VII

Y ahora, el prurito del análisis, clava en mi alma su aguijón y formula, severo, sus preguntas: ¿Hice bien? ¿Hice mal? He violado cánones establecidos de moralidad, he roto con una práctica de siglos y de siglos, en busca de la felicidad, ¿hice mal?, ¿hice bien?

No contesto; la contestación no está dentro de mí. La guarda, hermético como una esfinge, el porvenir. Todo dependerá de que yo sea después feliz o infeliz…